

Los sufrimientos de Cristo y la ira de Dios

John Nelson DARBY

biblicom.org

Índice

1 - Jesucristo conoció todo el peso de la ira de Dios contra el pecado en la cruz	3
2 - La ira de Dios contra el pecado	3
3 - Cristo soportó la ira divina	4
4 - Distinción entre sufrir por la justicia y sufrir por los pecados . . .	4
5 - Comentario sobre Gálatas 3:13 y Deuteronomio 21:23	4
6 - Comentario sobre Zacarías 13:7	5
7 - Comentario al Salmo 22	5
8 - Comentario sobre 2 Corintios 5:21	6
9 - Comentario sobre Hebreos 9:26-28	7
10 - Muchos salmos hablan de los sufrimientos de Cristo	8
11 - Ahora, el amor de Dios por la humanidad se difunde a través del Evangelio	10
12 - Dios Padre encontró su plena satisfacción en su Hijo amado . . .	11
12.1 - Durante su vida	11
12.2 - En su muerte	11
13 - Lo que representan la ofrenda de oblación y el holocausto	12
14 - Los sufrimientos de Cristo son infinitos y sus consecuencias benditas para la fe	12

Las circunstancias en las que me encontré hace poco tiempo me han llevado a considerar de nuevo el testimonio en la buena Palabra de Dios sobre los sufrimientos de nuestro glorioso Salvador, y especialmente sobre la copa de dolor derramada sobre él por la mano del Padre.

1 - Jesucristo conoció todo el peso de la ira de Dios contra el pecado en la cruz

Bendito sea su nombre, por el favor concedido al creyente de poder, en el sentimiento de su liberación y en el gozo de la paz de Dios, volver sus pensamientos a aquel pasado en el que su Salvador soportó la carga de los sufrimientos que nos libraron del juicio venidero. Bajo el peso de esos sufrimientos, Jesús encontró el horror de Dios por el pecado y su inflexible santidad. Nunca los conoceremos, excepto en Aquel cuyo amor aceptó tomarlos sobre sí para perdonarnos. Tomó la copa que el Padre le dio a beber, aunque ya había probado anticipadamente el dolor que contenía para él. Su alma se turbó ante la idea de tomar la copa que le ocultaba el rostro de Dios, y pidió que, si era posible, pasara de él. Pero no fue posible. Y Jesús toma la copa, aceptando recibirla de la mano de su Padre. Esta copa es la copa de la ira de Dios. Había llegado el momento en que el pecado sería abolido por la muerte del Justo. Dios apartaría de él su rostro. Jesús sería abandonado por Dios, y todo el torrente de la justa reprobación de Dios contra el pecado pasaría sobre su alma santa en esas horas de abandono.

2 - La ira de Dios contra el pecado

La paga del pecado es la muerte. Después de la muerte viene el juicio, del que se dice, en cuanto a sus resultados para los pecadores, que estarán en el lugar del tormento eterno, en el fuego inextinguible, en el horno de fuego, las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes. En este juicio, la ira de Dios tendrá su curso. Se nos advierte que «la ira de Dios está revelada desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres» (Rom. 1:18); y a los que prefieren permanecer en sus pecados, Dios les dice: «Según tu dureza y tu corazón impenitente, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios» (Rom. 2:5); y de nuevo: «El que no obedece al Hijo (el que no se somete a él por fe) ...

la ira de Dios permanece sobre él» (Juan 3:36). Así pues, la ira de Dios, tal como aparecerá en su juicio, es la terrible porción del hombre en sus pecados. Hay que excluir a los que escapan a este terrible destino. El juicio tenía el mismo derecho sobre ellos; ellos también eran, por naturaleza, hijos de ira, como los demás; pero fueron librados por Aquel que se puso por ellos bajo la ira.

3 - Cristo soportó la ira divina

Aunque el Nuevo Testamento no dice que nuestro Salvador soportó la ira divina, Dios no nos deja ninguna incertidumbre al respecto. Sí, Cristo soportó la ira de Dios. La ira de Dios es la copa del juicio merecido por nuestros pecados. Si Cristo no bebió esa copa, la ira de Dios aún permanece sobre nosotros; estamos perdidos. Pero «herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él... Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros» (Is. 53:5-6).

4 - Distinción entre sufrir por la justicia y sufrir por los pecados

Cuando estuvo entre los hombres, el Señor padeció por ellos «a causa de la justicia», pero al final también padeció una vez «por los pecados» (1 Pe. 3:14, 18), y este sufrimiento lo experimentó en nombre de Dios. Soportó el juicio de Dios contra el pecado, un juicio con el que se encontraría inevitablemente si daba un paso al frente para llevarnos a Dios, a nosotros pecadores.

5 - Comentario sobre Gálatas 3:13 y Deuteronomio 21:23

Cuando leemos que Jesús fue hecho maldición por nosotros, al ser colgado en un madero (Gál. 3), y cuando vemos que dice: «El que es colgado es maldición de Dios» (Deut. 21:23), ¿podemos evitar reconocer hasta qué punto recayó sobre él el castigo

del pecado? ¿Qué significa ser hecho maldición de Dios, si no es sufrir su ira? Porque los maldecidos irán al fuego eterno.

6 - Comentario sobre Zacarías 13:7

Y de nuevo, estas palabras que Jesús recuerda cuando llega el momento de conocer su aterradora realidad: «Levántate, oh espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos. Hiere al pastor, y serán dispersadas las ovejas; y haré volver mi mano contra los pequeñitos» (Zac. 13:7), palabras que atestiguan que fue Jehová mismo quien dirigió la espada de su juicio contra la persona de nuestro Salvador.

7 - Comentario al Salmo 22

Y el grito de Jesús en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?», cuánto nos dice del dolor de su alma al sufrir el anatema de Dios. ¡El justo había sido desamparado! Era un acto inaudito en los caminos de Dios. «No he visto justo desamparado» (Sal. 37:25), está escrito; pero Jesús fue abandonado. En medio de su dolor, Jesús muestra la perfección de su fe en su Dios: reconoce la gloria de Dios y su fidelidad hacia los justos: Dios sigue siendo el Santo, que habita en medio de las alabanzas de Israel. Los padres confiaron en él y no fueron avergonzados; y cuando clamaron a él, fueron liberados. Ninguna angustia de los justos fue desatendida por Dios, y sus fieles compasiones no dejaron a nadie sin respuesta; pero el grito de Jesús: «Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» quedó sin respuesta. Ciertamente, nuestro Señor no permaneció bajo el anatema de Dios. Llegó el momento en que, después de que el juicio siguiera su curso durante aquellas horas de oscuridad, todo cambió para él; puso su espíritu en paz en las manos de su Padre; murió, y fue sepultado, y luego salió victorioso de la tumba, resucitado por la gloria del Padre. Pero en la cruz, en aquellas horas en que fue hecho maldición, el Justo fue abandonado por Dios. Fue un acto único de Dios, sin precedentes, que nunca se repetirá. Desde la oscuridad que envuelve la cruz, este grito de Jesús nos enseña lo horrible que es el pecado y lo inflexible que es la santidad de Dios. En una conciencia despierta puede haber una angustia terrible por el pecado, y un sentido del juicio venidero que llega hasta la angustia extrema. Nosotros, cristianos, podemos haber conoci-

do esta angustia, pero nunca conoceremos el desamparo de Dios: Cristo lo conoció para perdonárnoslo.

8 - Comentario sobre 2 Corintios 5:21

Encuentro en un pasaje de la Segunda Epístola a los Corintios (cap. 5:21) una declaración que da de forma resumida, pero quizá en su expresión más solemne, todo lo que Cristo debió experimentar de Dios, cuando sufrió por el pecado en la cruz. «Al que no conoció pecado», dice el apóstol, Dios «por nosotros lo hizo pecado», no dice “lo trató como a un pecador”, como dicen algunas versiones, sino que «lo hizo pecado». ¡Cristo estaba allí en lugar del pecado! El amor de Dios por los hombres se manifestó cuando el Hijo vino a la tierra: entonces, «Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no teniéndoles en cuenta sus ofensas» (v. 19). Desgraciadamente, el hombre no quiso oír este mensaje de amor; salvo algunos hijos de la sabiduría, Jesús no encontró a nadie que le escuchara. Gastó sus fuerzas en vano, como dice Isaías (49:4). Pero el amor de Dios aún tenía recursos que descubrir. Todavía quedaba el plan de su gracia que Dios desplegó cuando todo estaba perdido y no quedaba ninguna esperanza del lado del hombre. Solo Dios ideó este plan de salvación, y solo su mano pudo llevarlo a cabo. Y en un mismo pensamiento con el Padre, el Hijo sí mismo se entregó para la obra de redención sobre la que debía descansar esta salvación. El Hijo se entregó, y Dios lo hizo «pecado», y le asestó los golpes que el pecado merece. Cuando se trata del pecador, Dios le muestra compasión; le muestra longanimidad y gran misericordia; pero de esto no es cuestión cuando se trata del pecado mismo. Los ojos de Dios son demasiado puros para ver el mal. Su naturaleza aborrece el pecado, su santidad lo repele, y su justicia lo castiga con el juicio que merece: y fue ante este Dios que nuestro Salvador se encontró, hecho pecado. Se vio a sí mismo en este extremo. ¿Quién puede describir el sufrimiento de su alma? Y ¡cuán segura es nuestra liberación! El juicio que había de sobrevenirnos agotó sus derechos en la cruz; y nosotros, que estamos en Cristo, nos hemos convertido en la justicia de Dios en él (2 Cor. 5:21). La muerte de Cristo nos pone en paz ante Dios, en pie de justicia. Por otra parte, cuando vemos lo que es el pecado ante Dios, no podemos evitar pensar en la terrible condición de aquellos hombres endurecidos a quienes Jesús dijo que morirían en sus pecados. Si el hombre que se deleita en estar lejos de Dios, y que camina despreocupadamente hacia la eternidad, pudiera prever lo que el pecado le prepara, en cuanto a Dios y su juicio, retrocedería aterrorizado.

9 - Comentario sobre Hebreos 9:26-28

La Epístola a los Hebreos también da testimonio de los sufrimientos de Cristo en su muerte. En el capítulo 9:26-28, leemos que «una sola vez en la consumación de los siglos», es decir, en el momento en que se hizo la prueba del hombre, y cuando por su conducta durante los siglos de la paciencia de Dios el hombre había demostrado que seguía siendo malvado y bajo el dominio del mal, en el momento en que la cuestión del pecado madurada en la conducta del hombre debía recibir una solución ante Dios para fundar la obra de la salvación, Cristo «ha sido manifestado para la anulación del pecado mediante su sacrificio». Y notemos que el pecado colocó a los hombres en esta doble desgracia, que atrajo sobre ellos la muerte y el juicio, y que Cristo no solo tuvo que pasar por la muerte para salvar a los pecadores, sino que también tuvo que sufrir el juicio por ellos. «Está reservado a los hombres morir una sola vez, y después de esto el juicio» (v. 27); y esto es lo que Cristo tuvo que afrontar cuando, para abolir el pecado, sí mismo se ofreció. Este pasaje merece toda nuestra atención. Del contenido del capítulo se desprende que el sacrificio de Cristo es el verdadero sacrificio que sustituyó a los ofrecidos en espera de los días de recuperación. El sumo sacerdote entraba cada año en los lugares santos con sangre de toros y machos cabríos; pero Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, entró en el cielo por su propia sangre, habiendo obtenido la redención eterna.

Si la sangre de los toros y de los machos cabríos y las cenizas de la becerra purificaban la carne, ¡cuánto más la sangre de Cristo purificará la conciencia de las obras muertas! ¿Qué aprendemos, pues, de los sacrificios por el pecado? Por una parte, la sangre de toros y machos cabríos se introducía en el santuario el gran día de la expiación, y la sangre de la vaquilla se rociaba delante del tabernáculo cada vez, pero los cuerpos de estas víctimas se quemaban fuera del campamento, lejos de la presencia de Jehová; y en el caso del macho cabrío Hazazel, este macho cabrío, cargado con los pecados del pueblo, estaba conducido al desierto y abandonado en una tierra inhabitable. Así que lo que sabemos de las declaraciones formales de la reprobación del pecado por parte de Dios, también lo aprendemos de estos tipos de los que acabamos de hablar. Cuando Cristo fue manifestado para la abolición del pecado mediante su sacrificio, el castigo del pecado cayó sobre él; y bajo el juicio que magulló su santa persona, conoció el abismo que separa al Dios santo de los impíos. Sí, el profeta confirma lo que nos dicen los tipos en su lenguaje figurado: «Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él... Jehová cargó sobre él el pecado de todos nosotros» (Is. 53:5-6).

Después de haber considerado estos diversos testimonios relativos a los sufrimientos de nuestro Salvador bajo el peso de nuestros pecados, no puede haber ninguna duda sobre el carácter de estos sufrimientos: Cristo soportó la ira de Dios, su justa indignación contra el pecado. ¿Habría soportado el Señor un juicio menor que la pena del pecado? Entonces no habría realidad en la expiación, porque hay un juicio contra el pecado, y ese juicio es la ira de Dios. Y si Cristo no soportó la ira de Dios, que nos digan a qué precio abolió nuestra condenación, despojó a Satanás de su poder y canceló la muerte.

10 - Muchos salmos hablan de los sufrimientos de Cristo

Hay salmos que tienen una aplicación evidente al Señor Jesucristo, y muchos nos lo presentan como el Mesías que se asoció a su pueblo en la tierra, ocupando su lugar en medio del remanente fiel, la esencia de la nación. Evidentemente, si entró en este remanente para ser contado como uno de ellos, es sin embargo su Jefe. Por eso dice (Is. 8:18): «Heme aquí, yo y los hijos que me dio Jehová». Como uno de ellos, caminó por la fe en la tierra. También entró en todas sus circunstancias y penas. Y cuando llegó su día, con fuertes gritos y lágrimas, ofreció oraciones y súplicas a Aquel que podía salvarle de la muerte. Fue escuchado por su piedad, y después, consumada su resurrección, fue instituido por Dios Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec. Asociado a su pueblo, y entrando en la realidad de sus esperanzas y penas, el Señor Jesús pasó por todos los dolores que el pueblo, como consecuencia de su infidelidad, tendrá que sufrir bajo el gobierno de Dios; y este juicio es la ira de Jehová. Puesto que el pueblo se encontrará allí en los últimos días, el Autor de la salvación eterna, que lo sostendrá con su simpatía y su eficaz intercesión, fue el primero en atravesarlo. Así leemos: «Sobre mí reposa tu ira, y me has afligido con todas tus ondas». «Sobre mí han pasado tus iras, y me oprimen tus terrores» (Sal. 88:7, 16). El remanente conocerá este dolor, y será liberado; pero el medio y el fundamento de su liberación es precisamente que Cristo el primero, como resultado de su identificación con los deudores de la tierra, pasó allí por ellos, ante ellos y como uno de ellos; y que él, el Justo, conoció la ira de Jehová.

Notemos también que Jesús en la tierra, antes de la hora de sus sufrimientos por el pecado, pero encontrando la contradicción y la maldad de los hombres y muchos otros sufrimientos, no estuvo en este camino sin experimentar la protección y los

consuelos de su Dios. Una mesa estaba puesta delante de él a la vista de sus adversarios; y podía decir a Jehová: «Unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando» (Sal. 23:5). Pero si volvemos a Getsemaní, donde Jesús pidió que, si era posible, pasara de él la copa, ¿es esta la misma copa llena de consuelos divinos? ¿Fue esta copa la que Jesús temía tomar? No, no lo era. Cuando llega el momento de acabar con el pecado, hay una copa de ira en la mano de Dios; y es esta copa la que Jesús tiene ante sí, y la que pone a prueba su alma hasta la agonía. No es la copa del consuelo o de la liberación lo que lo llena de angustia en Getsemaní, que recibe de la mano de su Padre; es la copa de la ira de Dios, que también será derramada sobre los impíos al final (Sal. 75:5; Apoc. 16:19) [1].

[1] Si la expresión la «ira de Dios» no se utiliza para los sufrimientos de Cristo en el Nuevo Testamento, ello se debe a una verdad muy importante. La cosa está ahí, pero se ha evitado la expresión. La misma reserva se nota cuando se habla de la maldición que cayó sobre Cristo. Él «nos redimió de la maldición de la ley, hecho maldición por nosotros» (Gál. 3:13). No leemos que fuera maldecido personalmente. Dios mostró su odio al pecado en el juicio con que golpeó a Cristo en la cruz; pero, para que no cometamos el error de creer que el Dios que odia el pecado también odió a Cristo cuando fue hecho pecado por nosotros, la Palabra que nos dice que fue «hecho maldición» evita decir que “fue maldecido”; y por la misma razón también evita decir que cayó bajo “la ira de Dios” cuando sufrió por nuestros pecados.

En la persona de Cristo, en su vida, en sus sufrimientos, en su muerte, Dios fue plenamente glorificado. Su gloria apareció cuando manifestó su amor dando a su Hijo, para que viviéramos por él, cuando estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no imputándole sus pecados. Sí, después de los largos siglos de su paciencia con las criaturas que preferían su lejanía a su presencia, descendió hasta ellas con palabras de paz y de reconciliación. Y cuando la prueba demostró que el mal no cedía y que el hombre seguía atado a los lazos del pecado, allí estaba el Cordero que quita el pecado del mundo para remediar la situación. Quitar el pecado del mundo significa ante todo sufrir su castigo y morir glorificando a Dios; y Cristo sufrió por los pecados y pasó por la muerte.

11 - Ahora, el amor de Dios por la humanidad se difunde a través del Evangelio

En consecuencia, en virtud de la muerte de Cristo, el amor de Dios por la humanidad se difunde de nuevo. Dios puede dar y da rienda suelta a su amor y a su gracia proclamando, a través del Evangelio, la buena nueva de una salvación cumplida y ofrecida a todos. Si la muerte de Cristo ha abierto un camino en el que el inmenso amor de Dios adquiere toda su dimensión, también ha sentado las bases sobre las que descansa el cumplimiento de los designios de Dios para con sus elegidos. El día de eternidad manifestará para gloria de Dios aquellas multitudes de salvados a quienes la gracia encontró en las cadenas del pecado, pero a las que reconcilió con Dios mediante la sangre de Cristo. También la Iglesia, esposa de Cristo, resplandecerá con la gloria de su Dios. En todo esto, el amor de Dios se manifiesta en Aquel que murió por nosotros. El pecado estaba allí, como un obstáculo que había que eliminar; el pecado en presencia de Dios, que juzga el pecado. Los sufrimientos de la cruz y la muerte de Cristo fueron la respuesta a este derecho de Dios; y al mismo tiempo que confirman y exaltan el inmenso amor de Dios, glorifican también todos sus caracteres de majestad, santidad y juicio. Por tanto, si sobre la base de los testimonios de la Palabra decimos que Cristo en la cruz cayó bajo la ira de Dios, no decimos más que lo que Dios nos enseña expresamente, y que está de acuerdo con su gloria y con el conjunto de sus perfecciones inefables; y la perfección divina de la expiación llegaría a su fin, si el santo juicio de Dios no hubiera tenido todos sus derechos en la muerte de Aquel que fue hecho pecado por nosotros.

Me queda examinar un detalle y hacer algunas observaciones generales para concluir.

La parte de Jesús en la tierra fue de humillación y sufrimiento. Estaba entre los hombres como una raíz que crece en tierra sedienta, el hombre de dolores, sabiendo lo que es la languidez. Este fue el siervo del amor del Padre. Pero levantemos el velo, y veremos en él a aquel que era perfectamente agradable a Dios.

*Bajo tu velo de ignominia,
Oh Jesús, veo tu belleza.*

12 - Dios Padre encontró su plena satisfacción en su Hijo amado

12.1 - Durante su vida

Los ángeles celebraron su entrada en el mundo; y cuando se presentó para iniciar su ministerio público, la voz del Padre reconoció a este Siervo como el Hijo de su dilección, Aquel en quien había encontrado su complacencia. Del mismo modo, en el monte santo, la voz del cielo declaró una vez más que el amor del Padre y su complacencia reposaban sobre él. Jesús saboreó este amor; continuó su obra, consciente del amor del Padre. «El Padre me ha amado». «He guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor» (Juan 15:9-10). «El que me envió está conmigo; el Padre no me ha dejado solo, porque hago siempre las cosas que le agradan» (Juan 8:29). Y la prueba pública de que esto era así fueron los actos de poder que Jesús realizó en nombre de su Padre; actos que no podría haber realizado si no hubiera sido por la realidad de ese amor y la plena satisfacción del Padre con él, como él mismo declaró.

12.2 - En su muerte

¿Reposó la complacencia del Padre sobre Jesús en el momento que fue hecho maldición por nosotros? Sí, ciertamente. Es cierto que la plena satisfacción de Dios no podía tener su expresión en aquella hora única, cuando Aquel que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros; pero Jesús era perfectamente agradable al Padre. Puso su vida por sus ovejas, y su devoción y la perfección del acto por el que se ofreció fueron motivo del amor del Padre: «Por esto el Padre me ama, por cuanto yo doy mi vida para volverla a tomar» (Juan 10:17). Habría habido un defecto en alguna parte si hubiera habido un solo momento en el que la plena satisfacción del Padre no hubiera descansado en Jesús. En la muerte de Cristo Dios fue glorificado; y, en consecuencia, el Hijo del hombre sería también glorificado por Dios. A todo lo que el Padre había encontrado agradable en él durante su vida, el Amado añadió algo nuevo: proporcionó a su Padre una razón para amarle, en la entrega que le hacía de sí mismo hasta la muerte. El holocausto nos lo dice. Era una ofrenda quemada enteramente sobre el altar, para olor grato a Jehová.

13 - Lo que representan la ofrenda de oblación y el holocausto

La ofrenda de oblación representa también todo lo que era agradable a Dios en Cristo hombre; pero nos habla más de la ofrenda de su persona durante su vida: su servicio y la entrega de su vida eran como un perfume de agradable olor que se elevaba ante Jehová, mientras que el holocausto nos muestra a Jesús en las circunstancias de su muerte. Históricamente, el holocausto sigue a la ofrenda de oblación, y presenta a Aquel que fue perfectamente agradable a Dios durante su vida, y perfectamente agradable también en su muerte: el fuego del juicio, consumiendo a la víctima sobre el altar, no descubrió más que perfecciones, que ascendían como una fragancia ante Dios. Así, cuando Dios apartó su rostro del justo y hundió en su alma la espada desenvainada contra él, en el mismo acto recibió lo que establecía su gloria en presencia del mal y de su poder; y la satisfacción completa que encontró en Cristo nunca fue tan grande como en aquella hora: el golpe asestado había encontrado la perfección y solo había tenido repercusión en la gloria de Dios. Nos estremecemos al pensar cuál habría sido el resultado para Jesús y para nosotros si no hubiera sido perfectamente agradable a Dios en todo momento y en todo.

14 - Los sufrimientos de Cristo son infinitos y sus consecuencias benditas para la fe

Los sufrimientos de Cristo son un tema vasto, del que solo hemos considerado un lado, una verdad inefable cuyo conocimiento toca profundamente nuestro corazón y nos lleva a amar la comunión de los sufrimientos de Cristo como un modo de acercar nuestras almas a él, al mismo tiempo que esta verdad asienta nuestra fe sobre bases sólidas, ya que la muerte de Cristo ha destruido para siempre nuestra condena y el poder del enemigo, ha abierto el camino a las riquezas infinitas del amor de Dios por los hombres y ha dado a Jesús un título para que seamos recibidos con él en la Casa del Padre. Cuando vemos a Jesús sufriendo bajo la ira de Dios, no podemos hablar de comunión con sus sufrimientos, pues Jesús tomó esa copa para evitarnos tomarla; pero hay sufrimientos en los que los santos tienen el privilegio de seguir a Cristo. Sin decir lo que experimentó en su santa alma, encontrándose en medio de un escenario de desolación como el que existe en esta humilde tierra, el camino del pesebre a la cruz no fue para él más que una serie de sufrimientos.

Sufrió entre los hombres por causa de la justicia y por el testimonio que dio de Dios en medio de ellos, y de estos sufrimientos les queda una parte a los que vienen después de él y le siguen por el mismo camino. El Señor les permite acercar sus labios a su copa de aflicción. «La copa que yo bebo, beberéis» ([Marcos 10:39](#)). Y si participamos de ella, es en virtud del vínculo que la gracia ha establecido entre él y nosotros; es para conocer lo que hace cumplido al discípulo, para conocer mejor al propio Maestro y penetrar, en alguna medida, más allá de ese límite donde termina nuestra participación en los sufrimientos de Cristo, en la gloria de Aquel que fue perfecto en todo.

Traducido de *«Le Messager Évangélique»*, año 1874, página 221